

# FIGARO.

## PERIÓDICO ESPECIAL.

Se publica cuatro veces al mes.—Precios de suscripción: En Búrgos, real y medio; en provincias, dos reales, pago adelantado. Números sueltos diez céntos.—Habana y extranjero una peseta.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Imprenta de la Sra. viuda de Villanueva, Plaza Mayor 2, y en la Lotería del Sr. Hernando, paseo del Espolon. Anuncios y preguntas á precios económicos.

Febrero 1.º

REDACCION Y ADMINISTRACION; LAIN-CALVO 20, 2.º

Núm. 46.

### EL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

#### TERCERA PARTE

escrita por El Bachiller Avellanado.

#### CAPÍTULO XVII.

*De la gran campestre aventura de la bella Esperanza.*

Verdaderamente es grande el universal ordenamiento de esta que llamamos Justicia, principal virtud que hace posible la práctica humana existencia de días por circunstancias tantas contrapuestos, que es como decir de agitadas y contrarias ondas de piélago insondable é irascible conformados. Todos para sí lo quisieran todo estos débiles humanos seres por tan continuos trabajos y dolencias, necesidades tantas y tantos sus, incesantes y desmedidos deseos y ansias instigados; y fueranse el hermano contra el hermano, el hijo contra el padre y contra la mujer su mismo esposo á no mediar benéfico ese don expreso de los Cielos que todo puntual límite señala. Y así fué decir de sabios que Justicia es prudencia comprendida, y toda sabiduría de este mundo es hallar el límite hasta el cual, y no mas allá, hay lícito paso. Y allí dó no son límites no hay siquiera poder entender que sean las cosas, puesto que todas cuantas existen y ha de haber en el orbe han de tener señalado su término y meta, sin los cuales ni una sola de aquellas cupiera en el mundo de suyo todoangustioso y limitado. Tanto vale, pues, decir Justicia cual decir criatura, y borrar y quitar todo límite cual decir Dios supremo; por lo que los extralimitados son titanes, que montes á montañas sobreponiendo, intentan, bien que imposible parezca, escalar el radiante y sacro Empíreo, del cual por raudales de infinita luz son despeñados.

Y justicia son esta pintada vega y sus verdes valladares; las magestuosas y pobladas de rústico ramage montañas que en contorno le dibujan;

y los floridos setos y espesuras que los perfuman y adornan de coronas y guirnaldas de rosa y madreselva, y las undosas márgenes que en su lecho de flores recogen y conducen tiernamente las sonrientes linfas de los ríos; y la opulenta, cerrada y mustia copa de la encina que la fúria del desatado y gimente viento desafía; y la mas solemne cuanto enhiesta del permanente pino que detiene los rumbos de la nube; y la sonoridad del aura mansa, y esta hora suave luz del rosado Oriente cual el silencio triste de la noche. Y unos y otros esconden sus perfiles por infinitos rayos de la luz de mil soles desleídos porque no dañen los ojos de las curiosas gentes, limitados; pues es toda candor, aun en sus penas mismas, esta providencial naturaleza, y sus iras son obra de los hombres.

—Todo esto dijo Don Quijote, estando al pié de un grueso roble, ante la admiración del rústico, y de Don Cenón, y de Sancho Panza, porque juzgó llegado su momento de sentenciar y fallar la causa y pleito que traían, según su sentir, á los sorprendidos viajeros enconados, los cuales así oían como callaban,

—Ni salgo ni entro dijo Sancho; antes he de irme al mi asno, del cual ha poco hé caído, por ver y juzgar de los relieves de la alforja, que deben ser en su punto.

—En toda verdad, dijo Don Quijote, que no me dañara ahora, por cena de ayer y desayuno de hoy, algun pichón guisado.

—No hay para que eso, replicó Sancho, y el proseguir en el su discurso es de su merced; que yo, juez justo desde el mi rucio, he de contar, sin menoscabo, las razones del sermón todas una á una; y los repulgos y filosofías y sentencias y dichos y pareceres sin quitar uno solo; ni se ha de mermar parte alguna de mi hacienda que entre sudores y desmayos me procuré, por arlequin de amistad, ni de servicio ni menos de parentesco.

—Reventáras si afuera no la echases, dijo Don Quijote, que es propia

condición de tu ralea; y ve y had como te antojare.

Angustiósele todo el rostro á Sancho, que iba á dar á llantos y lloramicos, cuando se vió descender por la cercana montaña y por entre sus zarzales, árboles y riscos gran comparsa de gentes aldeanas en concertado desorden caminante. Mudóseles la color al gordo y al rústico; mas los ojos de este eran lumbre.

Venían, pues, las jóvenes lugareñas al lado y cuidado de las ancianas cubiertas con los manteos las cabezas, á las que seguían los mancebos guiando las cabalgaduras y carretas, que pausadas con abultada y pobre carga de lo alto á corto y trabajoso paso iban bajando; y hacían fin ó cabo los decrepitos, achacosos y lisiados por los brazos de sus hijos ó deudos sostenidos. Y traían muchos en hombros los aperos de la labranza, y conducían algunos puntas de ganado, y otros las camillas de los enfermos entre las andas de las sagradas efigies tutelares, y los altos pendones; todo lo cual en su conjunto y silencio, en medio del magestuoso cuadro del sol naciente y el verdor y alegría candorosa de la campiña suspendía cuanto sobrecojía y admiraba.

—Es la aventura aquí ya, señor amo mio, dijo medroso Sancho.

—Aguárdate aquí, en puerto seguro, contestó Don Quijote, mientras yo voy á acometerla y estaremos cada cual en nuestro lugar propio. Esto dijo subiendo ya el caballero sobre Rocinante, y encargando á los aprehendidos su permanencia firme en aquel punto. Y como todavía mediase alguna distancia entre la comitiva y el bravo andante, llevado éste del calor de su imaginación incomparable, exclamó solemnisimo:

En esa comitiva noble llegan  
Las primeras del Asia agrestes tribus  
Que en felice descanso  
Pasan la vida al pié de los altares  
De naturales rocas  
Cual en ardiente fe todos formados.  
Y las del Ganges misteriosas gentes  
Y de su gran region circunvecina

Los apartados hijos  
Célebres por sus artes delicadas;

Y de la blanca Arábia  
Las traficantes, perfumadas siempre  
Vistas caravanas

Que cambien al Egipto  
Por la sabiduría las riquezas.

Los que rompiendo las heladas rocas  
Del mar polar persiguen del rengífero  
Entumecido el tránsito,  
Los del Africa bárbara, aun ignota,  
Bronceados etiopes,  
Los blancos descendientes  
De la falda del Líbano arriscado.

Y el escita vagante, el mago persa,  
El sábio griego cual de Roma antigua  
Soberbio el campeón de sí cautivo;

Y el corsario del norte,  
Rey del mar en lo antiguo y lo moderno  
Que eleva el yerto y agrisado cetro  
Sobre las yertas, taciturnas ondas  
De inmensa soledad nunca envidiada.

Y apenas pronunciadas las frases  
últimas, voló al encuentro de la pro-  
cesion, ya cercana, Don Quijote; á la  
cual, por ver tan pacífica y sumisa y  
doliente, con voz pausada dijo:

—¿A dó las buenas gentes en tanta  
y extraña comitiva?

A lo que respondió semibalbuciente  
una buena anciana:

—A donde nuestra fortuna, buena ó  
mala lo quisiere; que no pareceis aho-  
ra aquí sinó á Don Quijote de la  
Mancha.

—Mas alcanzan aldeanas que saben  
los Ayucos, contestó el caballero; y á  
fé, buena mujer, que espero me di-  
gais cual es vuestro camino.

—Vamos, al mi creér, señor caballe-  
ro, de largo viaje, que así lo fué siem-  
pre el del necesitado; y antes á ese  
cercano prado en el que ve su mer-  
ced al humilladero.

Era así la verdad; que no lejos del  
sitio en que se encontraban la anciana  
y el andante un ruinoso pórtico se-  
veía y descabalado y roto por el me-  
nosprecio de los hombres y los siglos  
cuanto por la yedra, alelifes y cen-  
cientos parásitos amparado.

Y así fué llegar los caminantes al  
sagrado sitio, como bajar de unas an-  
das un bello manicordio, á cuyos ar-  
moniosos y dulcísimos sonidos, que  
le arrancaba un apuesto mancebo,  
cantó una hermosa aldeana, acompa-  
ñada de coros estas palabras:

Paternos lares de Armenia,  
Perlas, que no blancos copos  
Que encaneceis la sagrada  
Frente del Cáucaso undoso;

Corrientes ricas del Eufrates  
Y el Tigris, que vuestros odios  
Deponiendo, vais en una

A dar al pérsico Golfo;

Tiendecillas cedareñas

Que apacentais el rizoso

Corderillo del Carmelo

Entre la vid y el sicómoro;

Viajeros ismaelitas,

Navegantes silenciosos

Del mar de la inmensa Arábia

Desde las Indias al Ponto;

Los que ceñís vuestras sienes

De laureles del glorioso

Líbano que vuelve espumas

Del mar el muelle alboroto;

Vos, arios ancianos pueblos

Y los potentes ociosos

Habitadores del alda

Del sacro Himáo... adios todos,

Y adios, mi dulce esperanza,

Y adios mi patrio contorno.

Cesó con esto la tierna despedida  
de los viajeros, que luego formando  
círculos diversos al rededor de las  
humbres, que en un instante se pro-  
curaron, dieron principio á su breve  
tarea de preparar sus frugales alimen-  
tos. Acercose, pues, á la anciana el  
caballero y la dijo:

—Por Dios bendito, que si poetas  
tales cual los de estas humildes sole-  
dades las cortes entrañaran, que fue-  
ran estos tiempos, os digo, de amable  
poesía.

—Han agradado por lo visto á su  
merced, añadió la anciana, las copli-  
tas del mi hijo; pues, sepa el señor  
caballero como esas, con otras sus  
hermanas carnales, en solemne oca-  
sion no fueron estimadas.

—Hiciéralas vuestro hijo en toda  
verdad, exclamó Don Quijote.

—Coplas, querrá decir su merced, á  
lo que entiendo, contestó la anciana.

—Mas extrañame como para esta  
ocasion las hayan reservado, insistió  
Don Quijote.

—Siéntese su merced, sobre estos  
céspedes y á la sombra de estos árbo-  
les, que es gustosa, y oir há maravi-  
llas, dijo la anciana.

Entonces fué el aparecer de Sancho  
entre las malezas trayendo del caba-  
stro al rucio y tomando el de Roci-  
nante.

—¿Y los rendidos malandrines? pre-  
guntó Don Quijote.

—Ocultáronse en la selva, respon-  
dió Sancho.

—Voy al punto en su busca, dijo  
furioso Don Quijote.

—No haya su merced cuidados tales,  
replicó Sancho; que en Dios y en mi  
ánima no han de huír lejos de este  
sitio, á lo que alcanzo.

—¿Qué alcanzaste, Sancho Panza?  
dijo Don Quijote.

—Advertí, contestó Sancho, como  
su merced me ha añadido el sobre-  
nombre, fuera de costumbre; y no ha

de achacarlo su merced al calor de  
las lumbres de este campo.

—¿Qué idea es entonces la tuya?  
prosiguió Don Quijote.

—Es el mi creér, repuso Sancho,  
que el rústico es buen guardian de  
Cenones, y él se basta.

Y ya por el consejo de Sancho,  
cuanto por las incesantes instancias  
de la buena anciana al cabo hubo de  
permanecer el andante en aquel sitio.  
En el cual en solo un instante se  
reunieron todos los asistentes á la  
extraordinaria ceremonia, cual la-  
mentando su desgracia, y tal admi-  
rando hasta lo sumo la presencia y  
las palabras del célebre resucitado de  
la Mancha. Conque, en resolucion,  
la anciana continuó de esta manera.

—En una honrada aldea, y de aquí  
donde hora posamos como tres leguas  
distante, vivian, señor, pacífica y fue-  
namente los campesinos todos que  
aquí estamos. Y eran felices los nues-  
tros días en nuestra pobreza, que no  
habia pensar en el de mañana sino en  
conservar las sus buenas costumbres  
cálala uno. Los terrenos eran propios  
de unos caballeros de una militar  
Orden de España que los daba á los ve-  
cinos de la aldea sin mas traba, ni ga-  
bela, ni sacrificio que pagar cada año  
renta moderada correspondiente; con  
lo cual ca la padre de familia había to-  
das las tierras que cultivaba así como  
si fuesen propias suyas; y podía de-  
jarlas á sus hijos por herencia, y en  
dote darlas á sus hijas, todo en tal  
modo y manera, que pagado que era  
el llamado canon, quedaba el lleva-  
dor dueño absoluto y único señor por  
siempre jamás de la su finca.

¡Y bien haya, señor caballero, el  
que trajo al mundo invencion tan ma-  
ravillosa que así hacia propietarios á  
los pobres! Digo á su merced como  
entre los discursos de los hombres  
no le hay, contados los mayores, otro  
que sacar pueda ventaja á este que  
con lágrimas en los ojos estoy rela-  
tando.

—Paréceme recordar, buena anciana,  
interrumpió Don Quijote, que su  
merced dijo que los terrenos de la  
aldea de estas buenas gentes pertene-  
cian á caballeros de Orden, con lo  
cual no hay mas decir en alabanza de  
ellos ni de todas las posibles conse-  
cuencias. Y vaya la honrada anciana  
su cuento adelante, que me placen la  
su manera y el relato.

—Pues dieron en decir, prosiguió la  
aldeana, como ese modo de andar y  
hacer era un puro embolismo y así  
dieron con él cabeza abajo.

—Ese embolismo no entiendo, dijo Don Quijote.

—No era embolismo, añadió la anciana, sino aforismo.

—Menos ahora lo comprendo, interrumpió Don Quijote; pero ello debía ser un feudalismo.

—¡Miren y como lo entendió y se hacía el cuitado! añadió la aldeana, cruzadas las manos sobre entrambas rodillas y meciendo de adelante atrás todo su cuerpo.

—Por oír á la su merced tanto me hiciera, y por llevar mas allá la historia que refiere, exclamó Don Quijote, ¡y bien haya el lenguaje de la campiña!

—¡Viva mil años la su señoría! repuso la anciana, y para servir al Señor primeramente!

—¡Qué hay que te ruedan las lágrimas de los ojos! dijo á Sancho Don Quijote.

—Que esta buena mujer, contestó Sancho, há mas locuécia que los doctores mas hondos, pues sabe llegar con sus naturales sentimientos al corazon, y el jugo de él es la piedad que mana como sencilla fuente por los ojos.

—Y ya es dueño del coto de la mi aldea, prosiguió la anciana, un señor rico mucho, que compró todo aquel contorno á fuerza de dineros; y su primera determinacion fué cortar los árboles todos para aprovecharse de su precio, que fué como despojar al campo de sus vestidos y galas; y mire su señoría que no parece sinó que á los mismos terrenos han insultado, y ellos se han dado por sentidos, y al Cielo se han quejado, pues secáronse los manantiales y huyeron las aguas del rio, y enfureciéronse los vientos y los hielos, y las húmedas nubes desaparecieron de la campiña.

—Tierra sin sus selvas y sus bosques es esqueleto sin su músculo, para qué su merced bien lo entienda, dijo Don Quijote.

—Y no hay negarlo, contestó la anciana; pero no cuenta con eso la codicia de descreídos, que lo quiere todo para sí, y no como hicieron nuestros abuelos amantes de sus nietos. Y habia, señor mio de mi ánima, una doncella en la mi aldea que era el cariño de todo el vecindario, el cual contaba como en ella habia la hermosura echado como decirse suele, el resto. Y la su virtud iba compañera de la hermosura. Mirábanla y estimábanla muchos para su esposa, sin que alguno se atreviese á manifestarla sus buenos pensamientos, pues tal era el poder de su

semblante que hacía enmudecer las lenguas de los mas entendidos y bien intencionados; lo cual ha de saber su señoría que ya no acontece con la desenvoltura y atrevimiento de las jóvenes, y así todas son menospreciadas, pues lo vulgar no es estimable, y sobra lo que por todas partes y á todas horas ver se deja. Y nadie pierde mas que ellas con tales demasias que acaban con la dignidad de la persona. Y aun casadas las mujeres han la obligacion de muy grande miramiento, por cuanto sus esposos mismos han de respetar y saber estimar lo que poseén, que es el porvenir de su familia, del su nombre y de su honra. Y así la maldad no cesa de acechar la santidad del matrimonio en estos tiempos y de procurar desacreditarle, minándole y persiguiéndole sin reposo.

—Estas son las antiguas y patriarcales gentes castellanas, dijo quedito á Sancho Don Quijote; y desdichado el menguado que las corrompa.

Y el nuevo señor fatál de los comprados terrenos....

—Feudál querrá decir su merced, interrumpió Don Quijote, oportunamente.

—Eso quise yo significar, continuó la anciana. Comenzó, digo, el comprador á arrendar las tierras que no habia quien pudiese pagar la renta segun lo que subia y se iba cada año aumentando. Hasta que la paga se hizo del todo imposible. Dígele yo en su propia casa como en cierta ocasion la aldea se habia hallado en apurado trance á causa de la crueldad de las tormentas, y habia yo ido á suplicar al caballero de la Orden militar antigua, que tenia cargo de mayordomo, á fin de que diese tiempo ó plazo adelante para la paga, y que el buen caballero, despues de haber enviado consuelos muchos, manifestó como por tan leve asunto no habia de añublarse la honra del su hábito, y que estaba y quedaba perdonada por aquel año la renta toda. Que no habia yo acabado de bendecir su caballerosidad y caridad todavía, ni habia acabado de salir por la puerta de aquel bendito aposento, cuando llamándome el buen Don Carlos de Lara, me dijo con muy dulce formalidad estas palabras, que aun están resonando en los oídos.

—¿Y no se la ofrece mas á la honrada aldeana?

—Nada, señor, contesté, sino vuestras hidalgas manos para que pueda yo besarlas, aunque manchadas con el mi llanto.

—No puede eso ser así, continuó el de Lara; ¿pues y qué vais vos, mujer, á sembrar si cosecha no hubisteis? Tomád, en buen hora, esta mi orden, y os den lo necesario, que el asta de la cruz del mi manto que noble visto no posa ni puede posar sobre desdichados.

Y así eran aquellos señores dueños y padres, ni habia temer los tiempos tristes ancianos.

—¿Y qué respuesta hubisteis del traficante? preguntó con toda solemnidad, al punto, Don Quijote.

Que hartó beneficiada, señor, estaba la aldea, y sobre las rentas habia de pagar aún los tributos.

Nada dijo sobre esto Don Quijote.

—Y con todo, prosiguió la anciana, ha de creermela su merced que todavía se vió brillar un rayo de verde esperanza; pues no pasados muchos dias, vino á la aldea un joven galán sobre brioso caballo ostentando gallardía cual riqueza. Eran sus palabras afables cual su porte, y decia venir comisionado para procurar la buena ventura de las gentes todas. Y era la verdad que tañía la guitarra que la hacia hablar, y repiqueaba las castañuelas y bailaba el pandero, y entonaba unos cantarcicos apropiados al caso que era menester que era una bendicion. Sabia él además, de letras no pocas, y se preciaba de hacer versos, señor mio; que no sabe bien su señoría, el arte y artimaña del mismo diablo por medio de estos atractivos embelecos. Y es que estas letras que bien suenan dan en hablar á los corazones que no solo á las cabezas, y con los sus ayes y quejas y congojas, amen de los suspiros y retruécanos, digo que es menester un alma de cántaro para hacerse del sordo y desentendido. Y el joven era estudiante.

—Si por ahí hubiera su merced comenzado su camino, así como esa estudiantina se ha dejado para lo último, dijo Sancho, gran trecho hubiese adelantado; pues aún no sabe bien la buena abuelita lo que son los pocos años adornados de letras y enseñados en compañía de muchas gentes, y en grandes ciudades; y, mas que todo eso, lo que presumen en ellas las ignorancias de tontos y paturdos. Y así ya me estoy temblando como el estudiante hizo de las suyas, segun los sus libros.

—Y ya rondaba de noche las calles, dijo la anciana, con los sus dengues y sus músicas, ó á la luz de la Luna y á la orilla del rio iba á llorar no se cuantos miles de pesares, ó asentábase bajo los sauces y la enramada

para llamar y decir ingratas y pícaras á todas las cosas. Y todo fué á dar á que la bella aldeana, que, porque sus mercedes lo sepan, llamase Esperanza, debia ser ciudadana, que no campesina, como correspondia á su grande hermosura y entendimiento.

—Con que la señora Esperanza se fué á las ciudades, interrumpió Don Quijote.

—Muchos fueron los pareceres, acerca de eso, prosiguió la anciana; porque el estudiante era, segun despues se supo, el hijo del comprador de los terrenos de la aldea. Los unos de los vecinos eran de ditamen que la chica bien podia ser la legítima esposa del hijo del traficante, así como la señora y la esperanza del pueblo; pero otros juzgaban, que tanta virtud de la niña no debia ir adonde mañana la tuviesen como esclava, y cada uno debe estarse y permanecer en su camisería.

—Categoría, deberá ser eso que su merced quiere decir, añadió Don Quijote.

—Díge yo camisería, prosiguió la anciana, por el refrán que canta y reza; «No hay meterse en camisa de once varas.»

—Eso sí interrumpió Sancho; que lo que atrás viene rabo semeja; y una mano á otra lava y ambas al rostro; y ládreme el perro mas no me muerda; cuanto mas que á Segura llevan preso; y huésped que se convida ligero es de hartar; y guáy del uso cuando la barba no va de suso, y gloria vana florece y no grana.

—¡Ay y cuantos refrancicos que sabe el buen escudero! exclamó la anciana; ¡y á tener yo letras como los apuntara! mas la pluma, que es lo mas ligero en las aveceas del campo, es lo mas pesado en las manos de las gentes, y ni por élla convenciera yo á las personas, pues ni la gallinica sabe reunir los sus pollos que por todos lados se la escapan; y quien sin causa anda y anda solo llena el camino de patadas.

Y como Sancho se dispusiese á continuar, gritó como furia Don Quijote.

—¡Alto ahí por la andante caballería! que por un clavo se pierde una herradura, y por ella el caballo y luego el caballero, ó la habremos sonada. Y siga la relacion hasta su fin, que me le temo.

—En resolucion, fué Esperanza á la ciudad en mi compañía, porque sirviese yo á la niña de tutora, bien entendido que presto sería su casamiento con el hijo del señor propieta-

rio, y era menester á la muchacha aprender los usos, no digo de la ciudad sino de la Corte.

Aposentáronnos, que era lo que habia que ver, en uno de estos que llaman entresuelos, donde no habia mas sino pedir á que quierdes boca, y todo era criadas para el nuestro servicio y contentamiento; y allí de las grandes espejos y mesas torneadas y rebordados sillones y cortinages de seda, pero jamás fué el aparecer del cantador estudiante.

—¿Quién, pues, aparecia? preguntó Sancho.

El padre del mozo tan solamente; y créame su merced, que era asunto de asombro; y no parecia el señor aquel sino una lapa. Conque la niña estaba todo confundida y cabizbaja, bien que los dineros rodasen por los suelos. Y ya el estudiante tenia que acabar los sus estudios, ya habia de ir á Francia á aprender lenguas, y á Alemania á comprar trastos de boda.

Y llegó una negra noche en que tranquilamente reposaba la Esperanza en el su aposento, y en el medio y centro de ella fué el aparecer unas grietas de fuego en el techo de la sala. Asustóse la niña que despertó y por oír ciertos ruidos llamó en la débil pared que separaba el suyo de mi dormitorio, y no la respondieron en modo alguno. Yo se decir á su señoría como no recuerdo nada de toda aquella noche, pues no podia apartar el sueño de mis ojos, y el mi dormir era pesado, y forzoso, y terco y visionario.

Y al fin se borraron las grietas encarnadas del cielo del aposento, por cuanto una gran parte de él, como tapa de sepultura, se levantó hácia arriba con sus goznes para dejar bajar una escalera de mano que posó con gran cuidado en el suelo de la alcoba de la pobre criatura. Y eran cerradas las puertas y balcones y sordas á mas no poder las camareras. ¿Qué habia de hacer entonces la Esperanza en las tinieblas espesas que por todas partes la rodeaban? Pidió pues auxilio á Dios del Cielo, y al levantar sus manos dió, sin ella pensarlo, con el pañuelo que de abrigo la servia. Levantóse de la su cama con todo posible silencio, colocando en ella el monton de sus vestidos, salvo uno; y tomando la vuelta al aposento, así como un fantasma bajaba por los peldaños, ella hubo de colocarse detras de la escalera; y al comenzar la visión titubeante á pasear el dormitorio, dióse la Esperanza á subir por

donde la fantasma habia bajado y al compás mismo de los temblorosos pasos de ella. Dejó caer la niña la tapa del que querian hacer el su sepulcro y así el enterrador quedó enterrado.

Llegar la Esperanza al piso superior y aparecer una camarera todo fué uno. Encendió la portera su luz, vió á la Esperanza, dió un grito, dejóse caer la vela al suelo y desmayóse. Fué su pensar que la niña era un otro fantasma. Y no habia pasado mucho tiempo cuando presentóse el padre del estudiante en la sala de arriba; porque bien se vea cuanto sea el andar de las visiones en corto espacio. Y llamáronme á mí, y despertáronme luego que bebí de cierto vaso que me dieron, y subiéronme arriba y pidieron auxilio á gentes vecinas por cuanto se corrió la voz que en la casa habia ladrones, que muy bien decirse ya podia. La vela arrojada aun ardiendo estaba sobre el taimado suelo. Y de esta manera aconteció el subir del entresuelo, así dicho, al piso primero.

En donde no hubo una sola persona que no llamase á la niña alborotadora, que con sus gestos y los sus miedos de aldea era tal causa de ruidos y desazones; y que acaso se habria soltado de su trabilla el perro de caza, ó élla soñando estaba en aquella noche.

Hubo entonces gran cuidado el padre del cantador de referir lo que acontecido habia por toda la aldea, y así los mas amantes de la criatura vinieron á ser sus acusadores; y que no era aquella causa bastante para deshacer formales palabras, sobre todo cuando los entarimados del dormitorio y todos los techos, rayados como si fuesen de navio, que así los decian, no llevaban traza alguna de moverse. Y yo he de decir que tuve por imposible la artimaña y casi me di á creer en los ensueños, que no realidades, que la Esperanza pudo haber fácilmente padecido. Sobre todo, decia el traficante, que no habia como variar el aposento para evitar sucesos tales.

Y de semejante manera verá su señoría, como entrando por la puerta principal de la casa del padre del chico este suceso anduvo y subió hasta salirse por los tejados; y como los habitantes de los tejados salieron, al fin y al cabo, por la puerta principal, sin que nadie pusiese cosa alguna de su parte sinó el juzgar que los dineros son emperadores de este mundo; lo cual no es mas verdad sinó cuando él acierta á topar con desenfrenadas gentes; pues contra tinieblas de noches amanece para el honrado y bueno la luz del benigno Cielo siempre.

Imp. de la viuda de Villanueva.